RAQUEL MELLER, EL ALMA DEL CUPLÉ

rancisca Marqués no era exactamente hermosa ni poseía una belleza plena de músculos de nardo y piel volcánica. Era un cráter cerrado de misterio. El hechizo irremediable se hallaba en sus ojos enlutados, en aquellas pupilas sumergidas en un océano de tristeza o de desconcierto. Cada vez que entornaba los párpados, su rostro adquiría una serenidad malherida, una palidez melancólica que acentuaba el enigma y la lejanía. Vivía en un estado de evocación inalterable, presa de la sombra y de una desazón interior. Y aquella picardía que la hizo célebre, aquel mohín de dama voluptuosa y experta en secretos de

alcoba, era un atributo de intérprete. Jamás fue una criatura vitalista ni enardecida, pero siempre tuvo conciencia de su destino y tal vez de su grandeza. Poseía, en ocasiones, un perfil severo de actriz trágica de la antigua Grecia aunque le faltase contundencia a sus pómulos y temblor y desgarro a su voz suavísima y aterciopelada. Solía recogerse el cabello undoso hacia atrás y la luz esculpía una figura delicada y rotunda, honda e inasible como un pozo ciego. Existen daguerrotipos donde muestra un pelo largo y esponjoso como si fuese una loca de los bosques: ahí parece tocada por una locura enfermiza, pero a la vez aparenta ser más libre y menos hermética. Ha dejado de implorar y se ofrece con temor y con desesperación, pero con auténtica sed de pasión y de cariño.

Fue insolente y desdeñosa con todas sus rivales; egocéntrica y ensimismada; cruel o tal vez estéril en el amor, y ambiciosa sobre la escena. Jamás se conformó con un éxito sencillo: intentó enamorar al público, sojuzgarlo, dejarlo temblando o completamente rendido al final de una función. Y además supo revolucionarse a sí misma y los gustos del público: trascendió de un arte trivial, de obscenidad y lascivia tangible, de pantorrilla y gestos jococos, hacia una canción más honda donde cabía no sólo la anécdota más o menos erótica, sino el sentimiento, la duda, la traición y el melodrama. Para ella, eso exactamente fue el cuplé.



LLegó arriba a base de esfuerzo. Se hizo cantante y actriz por auténtica casualidad o quizá por fascinación. Era una adolescente agraciada cuando su familia se trasladó a Barcelona. Para entonces ya tenía una biografía interesante: retenía en los intersticios de la memoria entrañables imágenes de una infancia viajera. Recordaba las tardes de nieve y de frío de Tarazona, donde había nacido en 1888, las callejas umbrosas e inclinadas de la ciudad mudéjar, las iglesias altivas de San Atilano y la Magdalena, la plaza octogonal donde jamás quiso ver ni la sangre del toro ni la galanía del matador; recordaba su fugaz estancia en Tudela o aquellos días de maitines y rezos, de jardines y de granados olorosos en un convento de Montpellier donde una tía suya la había llevado con el inconfesado de propósito de que se metiese monja. Barcelona era un universo cosmopolita y atrabiliario de gente desmandada. Amanecía invadida por los emigrantes y las callejas estaban tomadas por los establecimientos de tejidos, por las tiendas de calzados y ultramarinos y por los talleres de los sastres y las costureras. Pero también circulaban aguadores, carromatos de víveres, serenos, tranvías y personajes embrujados como aquel ciego que aparecía al atardecer con sus romances truculentos y aquellas cancioncillas picantes. Llegaba con su violín y sus papeles de colores donde alguien había escrito los relatos, acompañado de una mozuela silenciosa que recogía las monedas. Y de pronto, se apostaba en una esquina, justo enfrente del taller de modista en que trabajaba Francisca, y esperaba la noche entre historias tremendas de amantes, bandoleros, mozas descarriadas o robos sangrientos en los estancos y las carnicerías a la luz del día. Francisca se las aprendía de memoria. Y fue así como nació una artista. El empujón definitivo se lo dio su compañera Marta Oliver, artista de variedades de cierto renombre, que la fue presentando a los representantes y la ayudó a subir a un escenario. Debutó en La Gran Peña, luego actuó en Palacio de Cristal, en Alcázar Español. Siempre le demandaban lo mismo: que fuese algo ligerita de ropa, un argumento suficientemente atractivo y frívolo en sus cuplés, la insinuación de sus muslos y de su espalda recta y bien conformada, y aquel admirable contoneo de trasero. Las mudanzas del rostro y el atrevimiento en la expresión eran también decisivos, más, mucho más que el canto dulce y embriagador, cristalino, de heroína romántica. Sólo le faltaba un nombre y eligió uno lleno de resonancias: Raquel Meller. El apellido era un homenaje a su primer amor: Pierre Moeller, un marinero belga con el que paseó en los tranvías, por el Tibidabo y por los muelles de barcazas y gaviotas. Tenía el pecho tatuado de sirenas y de lagartos gigantescos, unos brazos poderosos y la lentitud pesada de los marinos en el umbral del deseo. Desapareció de súbito, aunque antes del adiós postrero le envió dinero y medicinas para toda su familia.

En 1909 se presentó en Madrid con un programa muy atrevido y poco a poco decidió modificar su estética: intentaba conferir a sus actuaciones otro señorío, menos frivolidad. Pretendía renunciar paulatinamente al espectáculo de variedades para consolidar la estética del cuplé. Incorporó el monólogo *Abandoná*, piezas

como *Ven y ven*, y obtuvo sus primeros éxitos. La crítica comenzó a descubrir sus rarezas. Díscola e independiente, pronto se supo que se enterraba en el fondo de los camerinos y que se dedicaba, entre función y función, a hacer punto y a bordar. Rafael Cansinos Assens le dedicó elogios y críticas encubiertas: «Raquel Meller da una sensación de fuerza y salud como la de las estatuas, aunque cultiva un arte decadente». Madrid era un polvorín de vanidades, de cansancio y de fiestas galantes con damiselas que olían a nenúfar y poetas rezagados. Entonces, entre muñecas mecánicas, aviadoras del amor y ninfas grasientas capaces de zapatear una sevillana o un fandango, buscaban la gloria Antonia Mercé *La Argentina*, Luisa Bigné, la exuberante Angelita Solsona o *La Goya*, que fue una verdadera precursora de la nueva orientación que ansiaba Raquel Meller para sus funciones. Pero aquellas también eran noches de maravilla, de tertulias de café y de amoríos insustanciales y efímeros. El poeta modernista Manuel Machado publicó una nota con este elogio: «Juro que Raquel Meller es la más grande actriz que he visto jamás en mi vida».

En septiembre de 1911, la cantante reinauguró el Teatro Arnau y consiguió que la burguesía catalana, por una vez, visitase el trasmundo de la ciudad, los rincones sórdidos, las plazas del vicio. El éxito fue tan formidable que la cantante trasladó su espectáculo a la refinada Sala Imperio, a la que cada noche asistían personalidades tan conocidas como el dramaturgo Ángel Guimerá, el pintor y escritor Santiago Rusiñol o el artista Joaquín Sorolla, que se enamoró de Raquel. O eso parecía: le perseguía por todos los rincones obsesivamente. Aprovechaba el instante del maquillaje para tomar apuntes, las tertulias de café y los descansos del espectáculo y se sentaba en las primeras filas para captar un escorzo o aquella mirada glacial de enferma de abatimiento. Una vez concluido el montaje se los ofrecía. Raquel Meller, fatigada de admiración y de capricho, los rompía mecánicamente, uno tras otro.

En Madrid se cruzó con un personaje singular, de catadura romántica y cierto aspecto de espadachín francés: el escritor y diplomático Enrique Gómez-Carrillo. En el fondo podría ser un continuador de la leyenda española de Rubén Darío. Era apuesto y galanteador, usaba mostacho perfumado y colonias exóticas, sabía tratar a las damas y era un bohemio consagrado. Arrastraba una leyenda de seductor irresistible y se relataba que en París había tenido una cohorte de enamoradas y que la misma Mata-Hari se había rendido a su romanticismo y a su delicadeza varonil. Desde el primer instante se quedó cautivado por Raquel Meller y le pidió al escultor Mariano Benlliure que se la presentase. Tardó en consumar sus deseos, pero en 1919, en Biarritz, se casaron con Benito Pérez Galdós y el Conde de Romanones como testigos. La luna de miel parece albergar el único período de auténtica felicidad en la vida de la cantante. Estuvieron en París, en Londres donde almorzaron con Aldous Huxley, en Buenos Aires y de nuevo en la ciudad del Sena. Allí, Raquel Meller fue comparada con la gran Eleanora Duse y visitó de la mano de su esposo los *boulevards*, los grandes paseos, las tabernas literarias, los talleres de pintores. Fue una odisea romántica

donde hubo lugar para el triunfo y el ensanchamiento de su fama; Raquel Meller se convirtió en una artista de resonancia mundial y pronto sería llamada por el cine.

Aquella pasión fue efímera. Muy pronto se revelaron sus dos caracteres antagónicos. Y también su soledad acentuada. Raquel era solitaria por naturaleza y vivía ensimismada, ajena a una auténtica entrega. Gómez Carrillo buscó refugio en sus paraísos artificiales de alcohol, excitantes y absenta. Retornó a la bohemia y a las noches locas de la farándula y de las *demoiselles*. Sus conversaciones se habían vuelto vacías. Ni él se extasiaba ante la belleza de composiciones como *La violetera* o *El relicario*, ni ella lograba suspirar con los adjetivos ni con las atmósferas pálidas del novelista. Antes de la definitiva separación, el escritor medio para que la anciana y mutilada Sara Bernhardt exhibiese un espectáculo sombrío en España. La función no tuvo ningún éxito y la gran dama del teatro parecía un espectro o un fantasma viviente con sus ojos hundidos, una pierna amputada y una túnica amplia de diosa moribunda. Lúcida y benévola, desde su silla de ruedas, la Bernhardt escribió una hermosa nota donde alababa el estilo de Raquel, su belleza y el encanto extraño de sus canciones.

Para curarse del desamor, la artista se fue a París y adquirió un palacete en Versalles. Era una auténtica mansión de lujo con reminiscencias míticas. En él había residido Montesquieu y decidió decorarlo con un gusto excepcional con obras de Rodin, cuadros luminosos de Matisse y de Renoir —que siempre fue su pintor predilecto y consiguió incorporar un bellísimo piano lacado que perteneció nada menos que a Wolfgang Amadeus Mozart. Poco después compró una quinta con jardines, porches y estanques en Vilefranche y en ella pasó alguna temporada inolvidable. Mientras triunfaba en París y hacía cine —interpretó Carmen de Feyder, su mejor trabajo—, coincidió con Isadora Duncan: una mujer que aspiraba a la belleza griega, esbelta y angelical, ensalzada por un romanticismo sombrío y un destino trágico, que acababa de perder el amor y a sus dos hijos en un accidente infausto. En 1926 fue contratada en Estados Unidos donde cuajó dos sensacionales temporadas en el Empire Theatre. Compartió mesa con algunos galanes de moda como Douglas Fairbanks y Rodolfo Valentino, aunque fue Charles Chaplin el mejor encuentro de aquella aventura americana. El cómico se prendó de su belleza taciturna, besó sus guantes y acaso sus labios, y le ofreció un papel en Luces de la ciudad. Al final no pudo ser y Charlot le rindió un sutil homenaje de amor y admiración: empleó la música de La violetera en el filme.

A España retornó íntimamente derrotada. Más sola que nunca y más hostil al mundo. Su agrio carácter se transformó de inmediato en un auténtico mito. Era destemplada, rencorosa tal vez y huraña. Además no le importaba provocar un escándalo en un instante. En más de una ocasión se enzarzó en peleas con *La Argentinita*, porque no le gustaba como la imitaba; con Mercedes Serós, por haber sido incluida en su misma función sin previo aviso, o con Margarita Xirgu, a quien le negó el saludo y su categoría de gran actriz dramática por diferencias políticas. E incluso es muy famosa su anéc-

dota con Alfonso XIII, quien le mandó a decir a través del Marqués de Viana que le encantaría recibirla. Ella le respondió que había la misma distancia entre el teatro y palacio, que entre palacio y el teatro. El soberano, al día siguiente, se plantó en primera fila; desde entonces Raquel Meller se convirtió en una monárquica incondicional.

No fue ajena al cine sonoro y en 1932 estrenó la versión hablada de Violetas imperiales. Su carrera estaba plenamente consolidada. En vísperas de la Guerra Civil se marchó a Vilefranche y allí vivió su último episodio de amor y de amistad: llamó al periodista y escritor César González Ruano y juntos pasaron varios días entre paseos por el jardín, rememoraron sus vidas y sus esperanzas, se embriagaban entre las mimosas y las hortensias del huerto mientras un aroma a salitre y a gaviotas llegaba con el viento enloquecido de los playeríos de Niza. La Guerra Civil puso término a aquel idilio. La cantante, tras ser admirada por el rey sueco y por Maurice Chevalier, decidió casarse de nuevo con el banquero Edmond Saiac. La unión apenas duró ni tampoco la celebridad de Raquel, empeñada en cultivar su propio mito. Durante veinte años fue una sombra de sí misma, una dama solitaria y enigmática que participó en los espectáculos de los vieneses Arthur Kaps y Franz Johan, pero de su vida privada apenas se sabe nada, salvo que acudía a los cafés añejos de la ciudad y que mantenía en su recoleto domicilio barcelonés una pequeña fauna de periquitos, canarios y palomas, varios perros y gatos. Cuando la ingresaron en el hospital donde había de morir en julio de 1962, sintió melancolía y dolor por la ausencia de sus pequeñas bestias de compañía, y un regocijo acaso inconfesable: en la dilatada agonía de aquel verano fue atendida por una monja llamada Sor Aragón.

